

ria moderna, y sometidos por la cólera del cielo en castigo á nuestras culpas. Dícense defensores de una parte de su raza opresora, como los otros se decían á su vez vengadores de aquellos cautivos que habían acompañado al vencedor romano en la Vía Sacra, y de aquellos atletas cazados en las selvas para ser ofrecidos como holocausto á un pueblo ebrio de orgullo en los circos y en las naumaquias. Quizá se vea en esto un exceso de aproximaciones históricas; pero lo cierto es que la guerra presente no es un conflicto entre Turquía y Rusia, sino un conflicto entre las razas orientales y las razas occidentales; un conflicto entre el Oriente y el Occidente, como el de Grecia y Persia en los campos de Plutea y en las aguas de Salamina; como el de Roma y Cartago en las costas de Sicilia, en las tierras de España, en los desiertos de África; como el de los pueblos cristianos de Occidente y los pueblos musulmicos de Oriente en tiempo de las Cruzadas. Quiera ó no la diplomacia europea, en esta catástrofe de tanta magnitud late una idea de toda esa incontrastable fuerza.

CRIMENES DEL DESPOTISMO.

Esa emperatriz Catalina, que mata á su marido por mano de sus generales, y tiene, hasta la edad de cuarenta y dos años, cautivo á su hijo primogénito, puede figurar dignamente en la historia de aquellos atridas crueles é implacables, los cuales se perseguían y acosaban entre sí con exterminadora rabia. Para saber cómo procedía, no hay sino recordar cómo trató á una de sus rivales; trato inmortalizado en la memoria humana, como la tragedia de Francesca de Rimini y del Conde Hugolino, por la tradición y por el arte. Era una jóven y hermosísima princesa de sangre imperial, á quien todo el mundo creía vástago de la familia de Pedro el Grande, y designaba, naturalmente, en las eventualidades de lo porvenir, con méritos y derechos para subir al trono de su raza. Próvida mano la había apartado de Petersburgo y conducido, para preser-

varla del puñal ó del veneno, á Roma, en cuyos museos añadió á las dotes naturales de su prestancia personal y de su ingenio nativo, la cultura artística, que tanto esmalta toda inteligencia, y más aún la inteligencia tierna y poética de una jóven inspirada y hermosa. Dejándola en aquel retiro, quizás hubiera pasado tranquila vida y tenido un esposo que la diera con su amor la paz del alma y la ventura del hogar. Pero Catalina, en su ambicion y en su soberbia, no toleraba ninguna amenaza á la posesion de su trono, y concibió una idea digna de su imperial conciencia. Mandó uno de sus gentiles-hombres más hermosos y apuestos á Roma, con expreso encargo de enamorarla y traerla á Petersburgo en las redes de este fingido amor. A los pocos meses, el matrimonio de la Princesa y el Chambelan se verificaba en la embajada rusa, y los jóvenes y felices cónyuges salian á pasar la luna de miel á las orillas del Neva y á recibir las señaladas muestras de proteccion que les guardaba Catalina, cuyo esclarecido nombre apadrinára la boda. No puede aguzarse más el ingenio para cometer un crimen. En toda esta terrible tragedia se mezcla la crueldad bárbara de una tribu asiática con el refinamiento maquiavélico de una familia florentina. El amor santo convertido en cebo, el matrimonio legítimo en trampa, los afectos más

naturales en causa de perdicion, la confianza de una pobre muchacha en suplicio; todo esto tiene tal carácter, que no se encuentran en las humanas lenguas palabras de bastante expresion para referirlo, ni de bastante acerbidad para condenarlo. La Princesa llega, y en el dia mismo de su llegada la encierran en húmedo calabozo, donde no podia penetrar casi ni el aire ni la luz. Un dia que el Neva salió de madre y la inundacion llegó hasta las puertas de su cárcel, se la comieron las ratas. Decídme si el crimen puede tener más crueldad, ni puede dar más horror. Pues lo que han hecho con los individuos han tenido por fuerza que hacer con los pueblos. Para componer ese vasto Imperio han degollado á catorce naciones vivas, y han repartido sus miembros disyectos entre reyes hambrientos y legiones ebrias. Y para degollar á catorce pueblos, los campos han debido ser talados, las poblaciones incendiadas, los aires apestados con el miasma venenoso de la putrefaccion, las familias exterminadas; que las naciones se resisten, como todos los seres, á la muerte. Nadie nos lo ha contado; nosotros lo hemos visto en nuestro tiempo, bajo la dominacion del humano czar Alejandro, ir los cosacos á la iglesia y fusilar, al pié de los altares, cuando oian misa, en el momento de alzar á Dios, á los pobres polacos, que oraban, como los cristianos

de las catacumbas, por sus mártires, y que pedían al cielo, por no encontrar piedad en los hombres, la libertad de su patria. Todos estos crímenes se cometen con facilidad si se tiene el poder supremo; pero se pagan sin remedio en el curso de los tiempos y ante el tribunal de la Historia. La amarga lágrima que rueda de la mejilla de una pobre mujer; la gota de sangre que cae de las venas de un exaltado jóven; el grito de un niño huérfano; el lamento de un desterrado á Siberia; los suspiros de las víctimas desgarradas en sus entrañas y heridas en sus sentimientos; los últimos suspiros de los moribundos que han dado su vida por la libertad; todas estas evaporaciones del martirio llegan á componer en los aires inmensa nube, de la cual llueve, tarde ó temprano, un diluvio de sangre, que anega á los tronos y ahoga á los tiranos.

LA AGITACION DE RUSIA.

Pocas veces se sucedieron y se enmarañaron en la política europea tantos y tan diversos asuntos. La agitacion rusa constituye por sí sola uno de los fenómenos más extraños que la ciencia social puede conocer y apreciar. Esa nacion silenciosa pasa por dias semejantes á los dias primeros del reinado de Luis XVI y de la convocatoria de los Estados generales. El peso de sus instituciones la abruma, y la necesidad de nueva vida la agita. Arriba, un poder despótico, que, ilustrado y humano, ha contribuido á la emancipacion de los siervos, sin conseguir él mismo emanciparse de su vieja y gastada complexion histórica; cerca de ese poder, y en medio de asiática sociedad, una aristocracia instruida y educada á la europea, que suspira por intervenir en la legislacion y en el Gobierno; junto á esa aristocracia, un comienzo ó rudimento de clase

media, esencialmente revolucionaria y republicana; en las universidades, las jóvenes almas, á quienes les enseñan tristemente en su cautiverio el horizonte infinito de la ciencia, y que no pueden recorrerlo por faltarles las resistentes alas de la libertad; en el pueblo, la parte más atrasada y ciega, bajo el yugo de la clerecía burocrática y bizantina, miéntras la parte más animosa, en el seno de las extravagancias nihilistas; por doquier aspiraciones vagas, ideas fulgurantes, combates de las conciencias estremecidas, sacudimientos nerviosos de un pueblo enfermo; en dos palabras: estado de revolucion.

Nada más curioso que ver cómo se emancipan estos pueblos inmóviles, y cómo se lanzan de un salto á novedades incompatibles de todo en todo con su temperamento y con su historia. Hace poco, el Japon era un pueblo como la China. Su poder religioso habitaba, no diré en los misterios, porque misterios apénas pueden caber en estos pueblos de porcelana, más mecánicos que morales; en los apartamientos de un casi divino retiro y en la absorcion de su celeste autoridad. El poder político seguía al poder religioso como la sombra al cuerpo. Las jerarquías sociales se levantaban unas sobre otras, como sucede por necesidad en esos inmensos territorios de Asia, donde brota por tan natural manera la vegeta-

cion venenosa de las castas. Y un día, sin que nadie lo esperára ni lo advirtiera, súbita revolucion de palacio degüella á unos cuantos magnates, y á consecuencia de este degüello, un nuevo estado social se inaugura en aquella monótona y uniforme historia. Todos hemos visto los ídolos japoneses, con su flor del lotho en las manos y su aureola de santidad en la cabeza, vendidos al peso, y trasladados desde los altares religiosos, donde despertaban oraciones y ofrendas, á los museos de Europa, donde sólo despiertan curiosidad y extrañeza. Todos hemos visto á los japoneses, con su cara amarilla bajo el ala de un sombrero inglés, y con su cuerpo enano metido en las costuras de un frac parisien. Hoy llaman al Japon los Estados viudos de Asia. Pues algo semejante pasará en Rusia. Hasta ahora, para cambiar las direcciones várias de la política, han bastado unos cuantos asesinatos de czares degollados como cerdos. Ahora entra en escena una idea y un pueblo. La guerra por los eslavos búlgaros y sérvios ha sido en la córte del emperador Alejandro II algo de lo que fué en la córte del rey Luis XVI la guerra por los americanos. Los cruzados de la libertad no pueden comprender que den ellos este principio divino y lo difundan por todas partes sin poder poseerlo y gozarlo. En verdad, hubiera sido extraño, allá por los siglos

medios, que se impidiese llamarse cristianos á los rescatadores del sepulcro de Cristo. Y la agitacion de los militares se halla naturalmente mantenida por la agitacion de los estudiantes, combinándose así contra la estabilidad de la política rusa dos corrientes : una de fuerzas ciegas, y otra de exageradas ideas.

LOS PROBLEMAS ORIENTALES.

La misma cuestion de las tierras del Este; la agonía del Imperio turco; las amenazas apocalípticas extendidas sobre Constantinopla; la resurreccion de los pueblos eslavos y rumanos, que parecian soterrados bajo la inmensa pesadumbre del fatalismo histórico; la competencia entre Alemania y Rusia por la posesion del Bósforo; los procedimientos de Inglaterra; todos estos incidentes del drama universal, representado en este inmenso escenario de la tierra, contienen hoy, no sólo muchas y várias enseñanzas políticas, sino tambien mucha y muy vária poesía, como todo aquello en que puede mezclarse con sus combinaciones de luz y de sombras, con sus dias claros en el cielo y sus misterios profundos en la conciencia, el inmenso Oriente. ¡Cuán terrible destino el de esos jefes mahometanos, últimos descendientes de los califas que fundaron los

imperios de Bagdad, de Córdoba, de Damasco, cuyo brillo deslumbró á la Edad Media, perseguidos, acosados, vacilantes, en una agonía tal, que puede compararse, por lo grande, con su antigua autoridad y con su colosal poderío! Ahí teneis al Emperador de Marruecos, oprimido y casi aplastado entre las insurrecciones de sus kabyilas, que se levantan como las arenas del desierto, y las intrigas de la diplomacia europea, que se apercibe á contender por su herencia; ahí teneis al Emir de Cabul, que soñára en su soberbia con una confederacion de príncipes musulmanes, como las presididas por los jefes antiguos de los almohades y de los almoravides; ese Emir insensato, circuido de extranjeras tropas, desacatado de sus propios vasallos, hecho cautivo al pié del aborrecido trono de Inglaterra; ahí teneis al último Khedive de Egipto, desterrado en Nápoles, donde no encontrará la luz del Cairo ó de Alejandría, ni el abrigo de las mezquitas, ni la solemnidad del desierto, miéntras su pobre sucesor, víctima de los gobiernos extraños, cuyo esclavo es, tiene ahora que habérselas con un levantamiento de abisinios, esos hijos de la noche, negros como el azabache, y tan robustos y tan sufridos como las tribus más vigorosas del Norte; ahí teneis al jefe de los creyentes, al Monarca y Pontífice, al que obtiene en el Cuerno

de Oro tantos homenajes como el Profeta en la Meca, al Sultan de Constantinopla, encerrado en su serrallo como en triste sepultura, viendo cada dia caerse un pedazo de su territorio, en torno del cual se extienden esos ángeles exterminadores, venidos á su debida hora en todas las catástrofes de la Historia, para extender por los cuatro vientos el polvo de las grandes ruinas y las cenizas de los inmensos cadáveres.

El problema se vuelve á presentar tal como estaba en las guerras del siglo pasado, como una competencia entre el Austria y la Rusia; competencia que oculta realmente una porfía de la raza eslava con la raza germánica, esas dos enemigas irreconciliables. El Austria se dirige poco á poco desde Croacia á Bosnia, desde Bosnia á Novi-Bazar, desde Novi-Bazar á Salónica, donde se detendrá un momento á recogerse y medir sus fuerzas, y reflexionar con reflexion profunda si puede sin riesgo acercarse y entrar en Constantinopla, donde, en la efusion de su victoria, en el goce de la tierra más hermosa y más importante que tiene Europa, en el seno de semejante ciudad, cabeza de continentes y reina de mares, podrá renunciar á Viena, á sus nueve millones de alemanes, á Hungría misma, si se quiere, para convertirse en grande imperio semi-asiático, que dirija el Oriente de Europa y que contenga las

ambiciones de Rusia; hasta que, barridos los restos de la dominación turca y conjuradas las amenazas de la utopía panslavista, pueda la eternamente joven y eternamente heroica raza helena desmontar esa máquina de guerra y convertirla en una República democrática digna de heredar el nombre, el prestigio y el valor de la antigua Grecia.

Por de pronto, las miras del Gobierno austriaco se dirigen á posesionarse de Salónica, la ciudad asentada en Macedonia, que es como llave del camino estratégico de Austria á Constantinopla, cual Filópolis es como llave del camino estratégico de Rusia á Constantinopla. Segunda ciudad de la Turquía europea, en el golfo de Thermaica, al pié del monte Hortash, entre dos promontorios, con la mitad casi de sus setenta mil pobladores repartidos entre la religión cristiana y la religión judaica, será en lo porvenir una factoría necesaria al comercio alemán por el Egeo, y es en lo presente un puerto de refugio á las esperanzas sobre Constantinopla, y un sitio de seguridad para cualquier combinación ulterior que exija la futura guerra de Oriente. Hé ahí aquel Imperio que Cárlos V pensó tener unido á la corona española, de cuyo pensamiento le apartaron, así las sublevaciones de los príncipes protestantes y la entrada de Francisco I en Lorena,

como también la necesidad de combatir en Hungría á los turcos; hé ahí ese Imperio, destacado de nosotros por las complicaciones orientales, cumpliendo el destino que le asignara su fundador, enfrente de Turquía y amenazando á Constantinopla, como aquellos reinos de Asturias, de Aragón y de Castilla, tan modestos en sus orígenes, y que en sus desagües llegaron á extenderse y á dilatarse por Palermo, por Nápoles, por Orán, por Argel y por Túnez.

La Sérvia, que miraba de hito en hito á la Rusia, tendrá que adscribirse ahora á los intereses austriacos, pues sus líneas férreas no encontrarán otro entronque mejor que el entronque inmediato con las líneas férreas del Austria, y tendrá que renunciar á su ensueño de oro, alimentado por la poesía y por la historia; es decir, al hallazgo en los futuros combates, de la corona perdida por su desgraciado Emperador en Kosovo, en ese Guadalete de los eslavos. El Montenegro, que también recibía órdenes de Petersburgo, y que últimamente se ha visto separado de esta capitalidad, á la cual prestaba de grado su homenaje, por la ocupación austriaca de Bosnia y Herzegovina, envía su príncipe Nicolás á Viena, donde entra como solían, allá en otros tiempos, entrar los príncipes vasallos del feudalismo en los palacios y castillos de sus superiores y sobe-

ranos; humildad y modestia, en cuyas genuflexiones y cortesías se oculta una soberbia aspiración á captarse territorios albaneses en el día no lejano en que venga, tras la irremediable catástrofe del Imperio turco, el nuevo y codiciadísimo reparto de sus yertos y mutilados despojos. Y mientras tanto, Austria sigue incansable su camino, bajo la sombra de Alemania, con la complicidad inevitable del Sultan, entre los recelos de los eslavos y las amenazas de los turcos, apartándose de los territorios de Albania, donde pudiera encontrar invencibles resistencias, y yendo paso á paso, con mesura y recato, hácia el objeto capitalísimo de su empresa, hácia la deseada Salónica, que abre el camino de los ensueños orientales, el camino de las orillas del Bósforo. Si María Teresa, si José II levantáran con su frente la losa abrumadora de sus sepulcros, ¡cómo habian de ver que sus recelos respecto á las empresas moscovitas estaban justificados por el tiempo, pues, á más andar, viene una guerra entre sus sucesores y los sucesores de Pedro y Catalina, guerra que habrá de ser espantosa y sangrienta!

Ahora se columbra que la política de Bismarck respecto á la Iglesia católica forma parte de un plan vastísimo, del remate ideado á la unidad alemana, á esa aglomeración, há largo tiempo

preconcebida, de todas las razas germánicas en el Imperio; y como quiera que esas razas pertenecen á Austria, la cual, en su catolicismo histórico, vendrá indudablemente á acrecentar las fuerzas de Roma, vese el Canciller precisado á transacciones y acomodamientos, hoy necesarios, é inútiles cuando predomina en Alemania una confederación protestante, presidida y encabezada por la histórica hegemonía de Prusia. Así el problema oriental, que, al inaugurarse últimamente, parecía reducido á una guerra entre Turquía y Rusia; que, al extenderse, parecía complicado con una amenaza de rompimiento entre Rusia é Inglaterra; se desenlazará mañana por una guerra inevitable entre Rusia y Alemania, que puede resultar, y resultará sin duda, el toque de rebato anunciando á todos los pueblos y á todas las gentes, sin excepción, la hora terrible del incendio universal. Hé aquí por qué fijo á la continua mis ojos en los cielos y en los horizontes orientales.

La cuestión de Oriente se halla implícita en todas las cuestiones europeas. Interesa á los pueblos en ella más inmediatamente complicados, é interesa á los pueblos que parecen á ella más ajenos. Pero en ninguna parte tiene la trascendencia que en Italia. Esta nación, de tan fabulosa fortuna, cree posible, después de todo lo inten-

tado y conseguido, intentar y conseguir aún que el Trentino, su defensa del lado de los Alpes del Tyrol; que Trieste, su puerto oriental, austriaco por las leyes de la política, italiano por el sentimiento y la opinion; que una parte de Albania, en otro tiempo dependiente de la Serenísima República veneciana, se guarezca bajo el techo amigo de su gloriosísima nacionalidad. A esta creencia contribuye muy principalmente la heroica imprevisión de Garibaldi, que acostumbrado á tantos milagros, á sostener el sitio de Roma, á iniciar la célebre retirada hácia Venecia y sus lagunas, á destruir un trono con presentarse en una isla, cree posible hoy, con una grande agitación moral y un grande esfuerzo militar, conseguir resultados análogos, olvidando aquel célebre dicho arrancado á Cárlos V en sus últimas derrotas: «La fortuna, como las mujeres, no gusta de los viejos.» Y en verdad, á todo el continente europeo, á toda la raza latina, al espíritu moderno, interesa, y mucho, que Italia sea una gran nación, porque ha de apoyar y sostener por fuerza, necesariamente, sin remedio, el vigoroso principio de la libertad, y porque ha de impulsar la corriente del humano progreso. Pero no hay que equivocarse: en política, cuando se intenta más de lo posible, se cae en lo absurdo, y se corre el riesgo de encontrar, no el éxito, obediente siem-

pre á la prudencia, la más triste rota y la más irremediable ruina. Reconquistadas Nápoles, Palermo, Venecia, Milán, Verona, ese coro de ciudades inmortales para la libertad y para la patria, no debe pensarse, no, en fabulosas epopeyas; debe, por el contrario, recogerse la jóven Italia en sí misma y atender á su organizacion militar, á su organizacion administrativa, á su organizacion financiera, con lo cual preparará victorias ruidosísimas para lo porvenir, que le alcancen lauros, más tarde seguros y hoy pasajeros, por la facilidad con que en la Historia, como en la Naturaleza, se malogran todas las cosechas tempranas. Tenga dentro de sí misma mucha libertad hermanada con el orden, muchos progresos pacíficos, buena administracion, buena hacienda, política sensata, y esté segura Italia de que la suerte de los grandes pueblos se encuentra siempre en sus propias manos, en su voluntad y en su pensamiento.